

RESENHAS

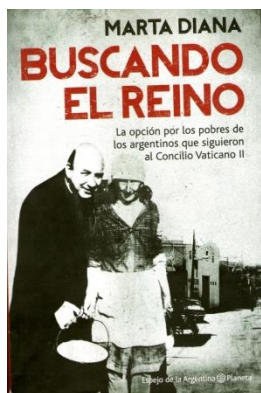
DOI: 10.4025/rbhranpuh.v8i23.26767

Diana, Marta. *Buscando el Reino*. La opción por los pobres de los argentinos que siguieron al Concilio Vaticano II. Buenos Aires, Planeta, 2013.

Recebido em 20/02/2015 - Aprovado em 07/03/2015

Buscando el Reino

María Andrea Nicoletti (Argentina) ¹



El libro de Marta Diana es un libro de investigación para hacer investigación. Para los historiadores constituye un conjunto de fuentes inigualable, que abre las puertas a un mundo cercano en el tiempo: los años del Concilio Vaticano II (1962-1965), Medellín (II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1968) y Puebla (III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1979). También propone un recorrido: desde Roma a América Latina y desde allí, los testimonios recorren toda la Argentina. La autora advierte esta idea en su breve prólogo al que llama sugestivamente “invitación”: “*mi tarea ha sido buscarlas [las fuentes o testimonios], tener —a veces— la suerte de encontrarlas, escucharlas y ocuparme de brindar estos felices hallazgos, a todas aquellas personas interesadas en el tema de las creencias y la dimensión espiritual de nuestras vidas. Es una invitación amplia a encontrarse con pasiones y fidelidades que tal vez nunca hemos buscado, o que hemos rechazado de antemano. La invitación remite a últimas y eternas cuestiones: qué es la vida, qué somos, para qué vivimos, en qué mundo creemos...*” (p.9).

Este libro es un desafío para reconstruir la Historia a partir de fragmentos de historias particulares, de vidas concretas, de opciones vitales en un contexto histórico, político y social convulsionado de tiempos vertiginosos en instituciones de tiempos largos, como los de la Iglesia católica.

En un texto introductorio a los testimonios titulado “El intrincado territorio de las creencias”, la autora señala algunas cuestiones importantes a tener en cuenta, que la

¹ Investigadora independiente/CONICET/IIIDyPCa/UNRN - National University of Río Negro. Email: mariaandranicoletti@gmail.com

sociedad en la que vivimos ha simplificado transformando en lugares comunes. Una de ellas es la heterogeneidad de la Iglesia católica, que suele tener una mirada social monolítica. Recorrer estos testimonios nos muestra otra cara de la Iglesia, que es variada, polifacética, plural y comprometida con su tiempo. Nos permite a los lectores comprender la diferencia entre la Iglesia institucional y la Iglesia como Pueblo de Dios y entender en qué creen los que creen, al punto de dar sus vidas y cuáles son las razones de aquellos que no creen.

Las cifras y porcentajes que señala Marta Diana sobre el alcance de la Iglesia católica en el mundo (17,5% de la población mundial y 76% en la Argentina), sino se contextualizan con más amplitud, pueden dar una imagen distorsionada del catolicismo que va más allá del bautismo como rito iniciático, porque profesar el catolicismo está íntimamente ligado al compromiso de sus fieles con el Evangelio. Estos porcentajes también pueden llevar a la lectura lineal que interpreta a la Argentina como una nación católica, cuando más allá de los números, tampoco se hace ya visible esta idea en la Constitución (por lo menos en los artículos referidos a la fe que profesa el presidente y a la “conversión de los indios al catolicismo”). Para la autora, la mayoría de fieles que se dicen cristianos, o sea que creen en Cristo, no han logrado cambiar el mundo, probablemente por el desfase entre la prédica del Reino de Dios por Jesús de Nazareth y su compromiso en la vida cotidiana. Allí la autora introduce una vuelta a la figura del Jesús histórico de la mano de José Antonio Pagola, sin dudas el autor más destacado y profundo de su figura. El extremo entre el “halo sobrenatural” y la “mundanización” de una institución jerárquica, monárquica y económicamente poderosa, es aquello que, según la Marta Diana, el Concilio Vaticano II buscaba equilibrar, readaptar, cuestionar y reformular. Para algunos de los testimonios del libro este logro ha sido nulo, para otros ha sido parcial. La evaluación profunda de esta experiencia es aún hoy, y sobre todo ahora, necesaria.

La “invitación” continúa con una semblanza del Papa Juan XXIII, que lo convoca. Lejos de la imagen del “abuelo bondadoso” que presentan los medios sociales, este libro nos muestra muy brevemente a un hombre decidido, inteligente, comprometido con su tiempo, firme, sencillo, humilde, con una mirada profética como pocas. La autora señala algo clave que no ha cambiado y que ha hecho fracasar, entre otras cosas, la encarnación del Concilio: la rigidez y estructurada Curia romana. Para ilustrar esta idea, Marta Diana señala la interpretación del obispo francés Xavier Rynne de aquella clásica frase del Papa Juan XXIII “abrir las ventanas de la Iglesia”: “Cuando el Papa expresó que las ventanas de la Iglesia debían estar abiertas, se refería a las de la Curia”. Esta idea sigue desarrollándose a través de algunas citas del libro *Vaticano Council II* (1993) del Obispo Rynne con nombres puntuales, actitudes de los obispos conciliares en los debates y las votaciones. Finalmente el Papa Pablo VI, que continuó la tarea conciliar tras el fallecimiento del Papa Juan, retiró de la agenda el celibato sacerdotal, el control de la natalidad y la reforma de la Curia romana. Con la carta *Apostolica Sollicitudo* (1965) “dejó afuera la colegialidad en la realidad institucional de la Iglesia” (cit. O’Malley, J., *What happened at Vatican II*, p.19). El resto del capítulo continúa con el Concilio desde diferentes

ángulos: testimonial (una cita del Obispo argentino Alberto Devoto), algunas cifras significativas (participantes por países y continentes, comisiones, impresos, volúmenes publicados, etc) y los movimientos internos como el "Pacto de las Catacumbas" y el "Mensaje de los 18 Obispos latinoamericanos", autores del "Manifiesto del III Mundo". De los pocos obispos aún vivos de este grupo, la autora logra rescatar el testimonio escrito de Waldyr Calheiros Novas, obispo de Volta Redonda (Brasil) (p.21).

El capítulo que precede a los testimonios, se centra en el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM), desde aquellos obispos conciliares que firmaron el "Pacto de las Catacumbas"; hasta el final del Concilio (1965), alrededor del tema de la pobreza y el subdesarrollo y la formación del MSTM en Argentina. Entre quienes integraron el grupo de ese Pacto, había dos argentinos: el obispo Devoto y el obispo Angelelli. Dos años después siete de esos obispos y once más, en su mayoría brasileños, firmaron el "Mensaje de los 18 obispos del Tercer Mundo". En los prolegómenos de ese documento tuvo un rol trascendental, según el sacerdote José Óscar Beozo, el obispo brasileño Hélder Câmara, a través de sus circulares postconciliares (1966-1967). Puntualmente Beozo señala la Circular 216 del volumen III.

Tras meditaciones y consultas a otros hermanos, el obispo Câmara escribe un sumario con cinco puntos que no son sino el espíritu del Mensaje y posteriormente del MSTM: "Basta de ilusiones"; "Integración nacional y continental"; "Realismo y humildad"; "Fuerzas de integración (religiosas, educativas, armadas, políticas, económicas)"; "Audacia y grandeza". Con un tinte verdaderamente profético el obispo señala que si esto se realiza en pequeños grupos aislados, "será fácil a los poderosos librarse de ellos bajo la acusación de demagogia, subversión y comunismo" (p.26), y llama a tomarse muy en serio la encíclica *Populorum Progressio* y no centrarse en las soluciones violentas. Aquí surge la pregunta del lector: ¿Esta advertencia de Câmara, no será la causa de fondo de disolución del MSTM, que los testimonios analizan evaluando hechos puntuales? A través de distintas circulares y respuestas fraternas surge esta Carta que el obispo Câmara titula: "Para que dialogues con el mundo América Latina". La autora también reflexiona sobre este texto y se pregunta si no será éste el escrito que originó el Mensaje de los 18. Lo que sí nos describe Marta Diana es el camino a través del cual llegó este Mensaje a la Argentina y fundamentalmente "la trama de ese tejido paciente con otros sueños": el del Papa Juan XXIII y el Concilio, la Iglesia de los pobres del "Pacto de las Catacumbas", la Asamblea extraordinaria CELAM en Mar del Plata (cuyas enseñanzas el obispo Câmara incorpora a sus Circulares) y la *Populorum Progressio* de Pablo VI. Los títulos que completan este capítulo se centran en el surgimiento del MSTM en Argentina de la mano del obispo Devoto y el sacerdote Miguel Ramondetti hacia fines de 1967. Ramondetti comienza a hacer circular el Manifiesto de los 18 que le pasó el obispo

Devoto y las adhesiones surgen inmediatamente. Hacia 1968 se hizo un primer encuentro y surgió una estructura que continuó en los subsiguientes encuentros hasta agosto de 1973 y que tuvo como voz al Boletín *Enlace*. Una fuente riquísima de 28 números que circulaba entre los integrantes del Movimiento y sus simpatizantes. La autora se pregunta a raíz de esta limitación "¿Qué hubiera pasado si el boletín hubiera sido

accesible a todo el mundo?" y arriesga una respuesta "es muy probable que se hubiera convertido en una tribuna popular e intraeclesial, para discutir cuál era la nueva manera de ser Iglesia..." (p.31). Pero para describir el MSTM, Marta Diana se apoya en un conjunto de libros especializados que evalúa en cuanto a su información e interpretación del Movimiento (Domingo Bresci, José Pablo Martín y Gustavo Pontoriero). A los análisis de estos autores, Marta Diana suma dos conceptos que son fundamentales para comprender acabadamente al MSTM, uno de ellos es personal y el otro es histórico y contextual: "la conciencia de pertenencia" y la representación social del "tercermundismo".

El primer concepto permite ampliar el radio de influencia del MSTM del "ser" y "pertenecer" al "sentirse" y "simpatizar" y se ajusta con más precisión a lo que es socialmente un movimiento. El mismo Ramondetti, solicita a quienes investigan y escriben sobre el MSTM, que se amplíe el espectro de personas consultadas (p.34) y esto es lo que Marta Diana ha procurado hacer. Si bien el grupo más numeroso de entrevistados son los integrantes del MSTM, hay otro grupo de sacerdotes no integrantes y otros dos grupos que dan lugar a investigaciones puntuales: las religiosas y los laicos/as.

El cuestionario de ocho preguntas tiene sencillas adaptaciones a estos dos últimos grupos pero es el mismo para todos y nos permite adentrarnos en la historia de vida de cada uno/a y en el contexto histórico de la Iglesia y su magisterio.

- 1) "Datos biográficos. Tipo de familia (actividad de los padres/ familia religiosa o no, hermanos, etc.). Dónde estudiaron. El cuadro básico de cada uno.
- 2) Cuando decidieron por el sacerdocio/Ministerio en otra confesión/o entrada a la vida religiosa en caso de las religiosas. Razones de la decisión. Fecha de la ordenación, destinos pastorales. Lugar, comunidad que recuerden con especial afecto o que haya tenido alguna significación especial por iniciativas llevadas a cabo.
- 3) Cómo vivió cada uno la novedad de los cambios del Vaticano II, Medellín y los planteos de la Teología de la Liberación.
- 4) Para los que estuvieron en el MSTM. Cuando, cómo se enteró y adhirió. Qué tipo de participación tuvo. Asistencia o no a las reuniones, firma de documentos, etc. De acuerdo con lo que he leído, hay gente que se acercó primero y se alejó después. Hay gente que fue a los encuentros y asumió algunas tareas, coordinación de un área, etc.
- 5) Cuando se retiró. Evaluación de la experiencia, tanto en lo personal como en lo que respecta al movimiento en sí (el impacto que tuvo tanto en las comunidades de fieles como en su relación con la Iglesia). Resaltado 5: Ruego agregar opinión puntual sobre el comentario –tan extendido en el ambiente más conservador (clero y laicos)- "Los sacerdotes tercermundistas tuvieron relación con la guerrilla" y/o "Se politizaron al extremo y un sacerdote no puede hacer política". Resaltado: pregunta para todos los encuestados. Para religiosas: qué opinión tienen de la decisión de que el movimiento estuviera integrado exclusivamente por sacerdotes. Para

los que no estuvieron en el MSTM: Opinión/evaluación sobre el movimiento. Lo bueno, lo malo, lo erróneo.

- 6) En caso de haber vivido cualquiera de las experiencias que se enumeran, por favor, relato de las mismas. Desde presiones (fuera y dentro de la institución), amenazas, atentados, detenciones (de horas, demorado, invitado a declarar) allanamientos, cárcel, secuestros, torturas. Cambio de diócesis o de parroquia, dormir en otro lado como medida de precaución, exilio –adónde- regreso –cuándo-. En el caso de haber recibido sanciones eclesíásticas, por favor, relato de las mismas, razones equivocadas, etc.
- 7) Qué piensa del ahora de la Iglesia. Si en su opinión quedó algo o no de aquel espíritu intenso que se vivió después del Concilio y Medellín.
- 8) Qué piensa del futuro de la Iglesia. Si estima que hacen falta cambio –cuáles- y si creen que se producirán o no. En relación con el laicado, más, menos “fieles”, indiferencia, compromiso, comunidades, ecumenismo, cuál le parece, en suma, el futuro próximo de la Iglesia.” (p.35).

La quinta pregunta sobre la evaluación de su experiencia y del mismo MSTM da muchas pistas para comprender lo sucedido. Esa misma pregunta es la que se adapta a los grupos que no tuvieron pertenencia directa. Especialmente se les pide opinión a las religiosas sobre la decisión de que el MSTM estuviera integrado exclusivamente por sacerdotes. Es claro por las respuestas sobre la evaluación del MSTM, que el tema de las mujeres no era una preocupación en los hombres de la Iglesia y tampoco un reclamo de conjunto, sino de algunas voces femeninas y masculinas. Estimo que tampoco lamentablemente lo es ahora con suficiente fuerza. Para esas voces la Iglesia también ha decidido implementar la disciplina y el silencio, como el caso que presenta Marta Diana de Rol Bourgeois, excomulgado por la Congregación Vaticana de la Doctrina de la Fe “por no retractarse de su apoyo a la ordenación de mujeres como sacerdotes” (p.476). Y esto sucedió hace muy poco en el año 2012. Mientras leía este libro me acercaron la noticia sobre la consagración de la primera obispa en la Iglesia de Inglaterra, en enero de este año. Libby Lane, esposa del arzobispo de Canterbury, fue consagrada obispa de Chister gracias a la reforma sinodal denominada “Canon 33”. Por supuesto que en su ordenación hubo una objeción masculina en voz alta, pero a pesar de esa objeción, las mujeres en las Iglesias protestantes desempeñan roles que la Iglesia católica les prohíbe a sus fieles.

Las preguntas 5 (experiencia y evaluación), 6 (persecución ideológica y violenta), 7 (el ahora de la Iglesia y permanencia del Concilio), y 8 (el futuro de la Iglesia), son las que permiten mayores inferencias, conjeturas y análisis. En la número 5 los integrantes del MSTM señalan básicamente tres problemas en la disolución del Movimiento: la opción política por el peronismo, el debate sobre el celibato de parte de los sacerdotes casados y la opción de una minoría por tomar las armas. Como ya señalamos, esta es la pregunta clave para evaluar el alcance y la proyección del MSTM. Más allá de la opción para llegar a la meta, no cabe dudas que los testigos de este libro están comprometidos con un objetivo común: la opción por los pobres. Algunos desde el compromiso político

partidario o viviendo en las villas, o trabajando como “curas obreros”, o escribiendo, predicando, dando clases y catequesis. Desde los sitios donde estos sacerdotes estaban convencidos que podían vivir con, por y para su pueblo, buscaban el modo que mejor los acercara a los más desvalidos, marginados y desesperanzados. Este recorrido no estuvo exento de persecuciones políticas, ideológicas y sociales dentro y fuera de la Iglesia. Pocos fueron los obispos argentinos que dieron lugar a aquellos que buscaban poner en juego esta opción por el Reino. Entre los testimonios hubiese sido interesante incluir al obispo Miguel Hesayne de Río Negro y Jaime de Nevares, de Neuquén, que ha dejado textos y videos que responderían a estas preguntas. Además, de Nevares “se metió en política” para la reforma de la Constitución en 1994 profetizando aquello que después la historia se encargará de hacernos recordar pero que tan caro pagamos como pueblo con diez años de menemato.

La pregunta 6 oscila entre la desilusión, la búsqueda de caminos alternativos y la fidelidad y amor al compromiso de esos principios que encendieron el fuego de la búsqueda del Reino. Cada opción está inevitablemente teñida de ese recorrido histórico y único de cada vida. La última pregunta se realizó antes del papado de Francisco, de allí su escepticismo en casi todos los testimonios, pero también su esperanza, mayoritaria, por la búsqueda de la Verdad. Como si estos hombres y estas mujeres quisieran transmitirnos que no dieron su vida en vano. Sería interesante reformular esa pregunta ahora a los entrevistados, ante los cambios que propone este papado. Es una pista interesante para otro libro de Marta Diana.

Tras los testimonios, un capítulo denominado “La tradición de censurar”, nos introduce en otras temáticas e historias de vida. Unas relacionadas con la censura y otras con algunos de los mártires de la época de la dictadura. Si el capítulo de los mártires estuviera entre los introductorios, o formara parte de un grupo de testimonios, permitiría a los lectores comprender más acabadamente la violencia sistemática hacia quienes se dedicaban a ayudar a los pobres y oprimidos. El caso del obispo Angelelli que se relata pormenorizadamente es emblemático y su reciente juicio caratulado como asesinato constituye una esperanza de justicia. También viene a mi mente la cercana declaración de martirio del obispo Romero. Dentro y fuera de la Iglesia estas voces no han quedado silenciadas y continúan su camino por la justicia de los hombres y por el reconocimiento de la Iglesia como institución, como es el caso de los mártires palotinos asesinados en la Iglesia de San Patricio.

Por otro lado, los testimonios anteriores a los mártires, registran los casos de los montoneros católicos, e incluso el de un sacerdote, que se convirtió en su capellán como fue Jorge Adur. Los dos únicos testimonios que responden verdaderamente al título “La tradición de censurar”, son los de Ariel Álvarez Valdez y Beatriz Casiello. Estos testimonios están íntimamente relacionados con la censura eclesial que es otra forma del mal ejercicio del poder, doblemente grave si proviene de algún miembro de la Iglesia. La censura a los escritos de Ariel Álvarez Valdez por parte del entonces Secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, Tarsicio Bertone, no son sino una persecución despiadada. El ilustrativo cuadro confeccionado por Álvarez Valdez sobre lo

que él escribió y sobre lo que Bertone le señalaba que tenía que decir (p.435-436), es realmente inaudito porque subestima la inteligencia del Pueblo de Dios y nos remonta a épocas oscuras de la Historia. Pienso que este caso ilustra el de tantos hombres brillantes con verdadera vocación sacerdotal, que por ser perseguidos y censurados suelen terminar con el pase al estado laical, como fue el caso de Leonardo Boff, entre otros tantos. Lo mismo sucede con las religiosas y teólogas, como el de la Hija de María Auxiliadora Beatriz Casiello, que se describe en este texto, a quien le fueron injustamente censurados sus libros de catequesis.

Las conclusiones tocan otros temas interesantes y sustanciosos que ameritan otros textos y otras investigaciones: el poder del mercado sobre la vida, el negocio de las armas, la opresión y el genocidio indígena. Resultaría quizá más completo e interesante si en lugar de estos temas, que necesitarían una mayor profundidad, las conclusiones trataran algunas líneas generales sobre los riquísimos testimonios leídos. En esa línea rescató el último punto titulado: “Despertar del sueño litúrgico”. Allí la autora transmite su propia esperanza: la construcción de una fraternidad que busca el Reino, o sea la felicidad para la Humanidad que Jesús nos ofreció con su encarnación en el mundo.

En el anexo, además del listado de víctimas cristianas de la represión, se encuentra el texto del “Pacto de las catacumbas”. Allí la esperanza del lector renace. Ese documento es una vuelta al Evangelio de los pobres, un encuentro fraterno con el Reino y su justicia. Sabemos que ese documento no son sólo palabras vacías ni discursos que contienen buenos deseos. Lo sabemos porque hemos leído 74 testimonios que lo encarnaron y en mi caso particular porque mantengo una amistad fraterna con algunos de los entrevistados y puedo decir que su compromiso se mantuvo firme y que la esperanza no los ha abandonado porque siguen buscando el Reino.